



Georgetown University
Center for Latin American Studies

Benedicto XVI está en Cuba

Prof. Dr. Ignacio Uría

Universidad de Navarra

Working Paper Series No. 1

Benedicto XVI está a punto de aterrizar en Cuba invitado por el Gobierno y la Conferencia de Obispos Católicos. 2012 ha sido decretado Año Jubilar mariano por ser el cuarto centenario de la Virgen de la Caridad, patrona de Cuba.

Dentro de las diferentes celebraciones está la visita pontificia, que comenzará el domingo 26 de marzo en Santiago de Cuba, sede primada y archidiócesis donde se encuentra la basílica del Cobre. El Papa celebrará misas en Santiago y La Habana, desde donde volverá a Roma el martes 28.

Benedicto XVI está a punto de aterrizar en Cuba invitado por el Gobierno y la Conferencia de Obispos Católicos. 2012 ha sido decretado Año Jubilar mariano por ser el cuarto centenario de la Virgen de la Caridad, patrona de Cuba.

Dentro de las diferentes celebraciones está la visita pontificia, que comenzará el domingo 26 de marzo en Santiago de Cuba, sede primada y archidiócesis donde se encuentra la basílica del Cobre. El Papa celebrará misas en Santiago y La Habana, desde donde volverá a Roma el martes 28.

Hace apenas unos días, el diario "Granma" (órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba) saludaba al Papa con ese estilo grandilocuente tan típico del comunismo: "Conocerá a un pueblo seguro en sus convicciones, noble, instruido, ecuánime y organizado, que defiende la verdad y escucha con respeto." Dos décadas después de la caída del Muro, sorprende aún más esta retórica mendaz, en especial si se dedica a un visitante que tiene información de primera mano.

El Papa sabe que no es oro todo lo que reluce y que el pueblo está menos seguro y organizado de lo que cuenta la versión oficial. La realidad es diferente y compleja y en ella despunta un peligro y una necesidad. El peligro es la progresiva violencia contra los que piensan diferente (sean católicos o no); la necesidad es terminar con la persecución civil contra la disidencia.

Pienso, cómo no, en el ejemplo de las Damas de Blanco y de la bloguera Yoani Sánchez o en la resistencia tenaz de católicos como Dagoberto Valdés (director de la revista digital "Convivencia") u Oswaldo Payá, líder del Movimiento Cristiano Liberación y promotor del "Proyecto Varela", iniciativa que busca democratizar Cuba dentro de los estrechos márgenes de su Constitución.

Como ocurrió en 1998 con la visita de Juan Pablo II, a la que fui invitado por la Conferencia Episcopal cubana, la política también estará presente en esta visita apostólica. Benedicto XVI estuvo en Cuba durante aquel viaje, entonces como cardenal Ratzinger. Recuerdo cómo su presencia oscilaba entre el silencio y el interés prudente; la observación y una cortés amabilidad algo germánica por lo distante.

Entonces como ahora, el arzobispo de La Habana era el cardenal Jaime Ortega, siempre cuestionado por una parte del exilio y de la oposición interna. Al contrario que en 1998, no estarán Pedro Meurice, primado de la Iglesia cubana fallecido en julio de 2011 tras una penosa enfermedad, ni el obispo de Pinar del Río, Siro González, ya retirado. Tampoco el nuncio Beniamino Stella, ahora presidente de la Pontificia Academia Eclesiástica, escuela vaticana donde se forman los diplomáticos de la Santa Sede. En los cuatro recayó la organización del viaje de 1998.

Con la ausencia de Meurice y González desaparecen los dos obispos más combativos con el régimen. Cada uno a su manera. Monseñor Siro mediante pastorales y revistas como "Vital" (ahora reducida a una irrelevante edición digital) y Meurice con sus homilias y entrevistas en medios internacionales. De hecho, este último ha pasado a la historia de Cuba por sus vibrantes palabras ante Juan Pablo II y Raúl Castro en la eucaristía de la santiaguera Plaza Maceo, donde afirmó que la mayor pobreza de los cubanos era su falta de libertad.

El cardenal Ortega permanece, si bien in extremis. En 2010 cumplió la edad canónica para presentar la renuncia: 75 años. Sin duda este viaje papal será su último gran servicio a la Iglesia cubana, una iglesia que se debate entre la fidelidad a su misión y las concesiones a la dictadura.

En ese escenario Ortega ha sabido moverse con una habilidad no exenta de polémica, pero en la que los frutos son evidentes: creciente presencia pública de los católicos, un nuevo seminario en La Habana o más permisos para la entrada de sacerdotes y religiosos, que no llegan a dos centenares para atender a 11 millones de cubanos.

Muchos le reprochan en el exterior su buena relación con Fidel Castro o la falta de valentía de la Iglesia cubana. Sus detractores le recuerdan el papel de la beligerante Iglesia polaca en tiempos de Jabłoński y Jaruzelski. Interesadamente olvidan que Cuba jamás ha sido Polonia.

Pese a todo, el cardenal ha tensado la cuerda con el Estado si le convenía. Por ejemplo en 2003, cuando declaró que en Cuba no había libertad religiosa: “La Iglesia católica no tiene acceso a los medios de comunicación, que son del Estado; no puede abrir colegios propios o impartir religión en los públicos. Así es imposible colaborar en la resolución de los mayores problemas sociales”. Palabras duras que, obviamente, no apaciguaron a sus críticos.

Bien es verdad que Jaime Ortega es un prelado difícil de encasillar. Escurrizado y complejo, pero eficaz. En esto recuerda al nuncio Cesare Zacchi, que ejecutó en la década de 1960 la *ostpolitik* diseñada por Casaroli en la Secretaría de Estado vaticana para apaciguar al comunismo. Como Zacchi, el cardenal camina siempre en el alambre, a medio camino entre el espíritu y el mundo, convencido de que una aparición pública con Castro abre más puertas que cien reuniones con sus burócratas.

El arzobispo de La Habana tiene una concepción difusa de la “reconciliación entre cubanos”, fórmula que es el principio de un estilo de gobierno eclesial que unos consideran rendición (“¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma?”) y otros astucia (“¡Mirad que os mando como corderos en medio de lobos!”).

Es innegable que la influencia del cardenal Ortega en el Gobierno ha crecido desde la llegada de Raúl Castro al poder. Lo demostró en las negociaciones para liberar a los presos de la Primavera Negra de 2003 y se lo reconocieron las Damas de Blanco en 2010 cuando le pidieron que mediara ante el Gobierno para poder acudir a las misas de la parroquia de Santa Rita, en La Habana, sin ser agredidas.

Ahora bien, que nadie espere del cardenal una palabra más alta que otra en asuntos políticos y mucho menos denuncias como las del recordado Enrique Pérez Serantes (primado cubano entre 1948 y 1968 y cuya biografía acaba de ser publicada en España) o las de su sucesor en Oriente, monseñor Meurice.

Junto a Ortega está el arzobispo de Santiago de Cuba, Dionisio García, actual presidente de la Conferencia Episcopal. Monseñor Dionisio es un sacerdote nacido en Guantánamo, ingeniero de telecomunicaciones y protegido de Meurice, que le ordenó en 1996. En cierto modo es una mezcla de Ortega y Meurice, pragmático y firme a un tiempo.

Su llegada en 2007 a la sede primada procedente de Bayamo-Manzanillo fue una revolución en la vieja archidiócesis oriental. Hoy, pese a la relativa juventud que supone tener 67 años en Cuba, tiene una amplia experiencia (es el cuarto obispo más antiguo de Cuba) y es un candidato claro para ocupar la sede habanera.

Monseñor Dionisio es heredero de Meurice y beneficiario de Ortega. Del primero ha conservado sus buenas relaciones con el exilio, mientras que la permanencia del segundo en la escena política aleja de Dionisio García críticas que, de otro modo, serían para él.

Sin duda ha mejorado mucho las condiciones pastorales de la archidiócesis de Santiago de Cuba. En cinco años logrado progresos vetados para Meurice. Entre otros, la recuperación de locales expropiados (por ejemplo, en la propia catedral de Santiago); las obras en el santuario del Cobre o la autorización para celebrar procesiones, prohibidas durante décadas por el enfrentamiento de Meurice con la dictadura.

Después de Jaime Ortega, es el prelado más conocido en Cuba gracias a sus intervenciones en TV con motivo de fechas destacadas, como la Navidad o el anuncio de la visita del papa. Con todo, tiene otro perfil menos conocido, pero presente desde sus tiempos como sacerdote en la provincia de Granma: es un hombre valiente.

Lo demostró con su respaldo al famoso P. José Conrado (un sacerdote indomable en la línea de Pérez Serantes y Meurice, del que Dionisio García fue coadjutor) y de nuevo hace un mes cuando protegió personalmente a un grupo de Damas de Blanco agredidas por la Policía en el santuario del Cobre. Sucesos similares habían ocurrido en 2010 en la cercana diócesis de Holguín, pero la notoriedad del Santuario del Cobre agravó el ataque.

Por último, tenemos al actual nuncio en Cuba, Bruno Musarò, llegado el pasado verano procedente del Perú. Su antecesor, monseñor Giovanni Becciu, es ahora Sustituto de la Secretaría de Estado, un cargo de gran importancia en el “ministerio” encargado de las relaciones diplomáticas –y por tanto políticas– que preside el cardenal Bertone. En síntesis, nadie puede negar que, si todos ellos cumplen con su trabajo, Benedicto XVI está bien informado de lo que ocurre en la Isla.

Sin embargo, no hace falta ser cardenal para saber que la dictadura cubana quiere controlar toda la información que sale o entra en el país. Quiere, pero no puede porque cada vez hay más grietas. En gran medida gracias al trabajo de la oposición democrática, desorganizada, pero activa, que utiliza las redes sociales para contar al mundo lo que ocurre de verdad en Cuba. Por ejemplo, la periodista Yoani Sánchez (@yoanisanchez, que tiene 220.000 seguidores en Twitter) o el opositor pro derechos humanos Jorge Luis García “Antúnez” (@antunezcuba).

Ambos son dos caras de la misma moneda. Sánchez no es católica, pero defiende la visita pontificia está porque puede abrir nuevos espacios de libertad. Por el contrario, Antúnez, que es católico practicante, piensa que la visita va a ser manipulada por el Estado para mejorar su imagen, pero con mínimas concesiones a los opositores.

Los dos coinciden en una petición: que el Papa se reúna, siquiera un minuto, con las Damas de Blanco. Sin embargo, Benedicto XVI no es Juan Pablo II y ni siquiera éste se reunió con la disidencia. Por tanto, parece ser que el régimen impone a la Iglesia ese límite. Lo que se ignora es qué obtiene la Iglesia a cambio.

Después de cuatro años como presidente de Cuba, Raúl Castro ha impulsado algunos cambios, pero alejados de las expectativas creadas en 2008. Entre los avances está el usufructo de tierras estatales abandonadas o la venta legal de productos prohibidos (teléfonos móviles, computadoras o ciertos electrodomésticos). Otras novedades sin embargo han sido demoledoras, como la

elevación en cinco años de la edad de jubilación, el fin de los comedores obreros o el mantenimiento de dos monedas (el devaluado peso cubano y el peso convertible con paridad dólar), situación que ha agravado las desigualdades sociales.

La situación podría empeorar si se cancela por completo la libreta de abastecimiento de alimentos (establecida en 1962 con carácter temporal) o se incrementan los despidos en las empresas públicas. Es decir, por mucho que ciertas decisiones económicas hayan sido acertadas (fin del tope salarial, autorización del pluriempleo, restablecimiento del cobro por resultados) Castro no asume que la lentitud de sus cambios tiene un coste social elevado. En especial, el retraso en autorizar la reforma migratoria (que los cubanos puedan entrar y salir libremente de su país) o el permiso para que los exiliados puedan invertir en Cuba, lo que sería un verdadero alivio para las escuálidas arcas nacionales.

El régimen quiere salvar “a toda costa” el socialismo. El problema es que éste no se deja, lo que provoca unas resistencias internas insostenibles. Por ejemplo, derivadas del alza en el precio de los alimentos (un 20% en 2011) o del descenso del presupuesto sanitario (un 8% de media, que se eleva al doble en atención primaria).

Raúl Castro teme tanto la reacción popular como la internacional. Sobre todo después de la muerte en extrañas circunstancias de Laura Pollán (líder de las Damas de Blanco) y el fallecimiento el pasado enero del opositor Wilman Villar en huelga de hambre. Por eso ha incrementado la presencia de policías en las calles y de militares en el Gobierno.

Según la Comisión Cubana de Derechos Humanos y Reconciliación Nacional (CCDHRN, opositora) el pasado mes de febrero se registraron más de 600 detenciones políticas de corta duración y un aumento general de la represión. En especial, en las provincias orientales, siempre más dispuestas a la protesta callejera, tendencia agravada por la penosa situación del transporte (clausura de un 30% en las líneas de ómnibus y un 25% en el caso del tren) y, sobre todo, de la vivienda. Cuba tiene unos 11 millones de habitantes y sólo 3,5 millones de casas, concentrados además en La Habana, por lo que necesita cerca de 800.000 nuevas viviendas para responder a una demanda creciente. El ritmo de construcción entre tanto sigue como si nada ocurriera y no supera las 25.000 viviendas anuales, ni siquiera con la ayuda de las famosas “petrocasas” de PVC de origen venezolano.

El problema de Cuba es que no produce lo suficiente, apenas vende en el exterior y, por tanto, su capacidad de compra se hunde. Al mismo tiempo, el capitalismo de Estado que intenta establecer es mejor que la vieja economía planificada, pero la crisis económica internacional, las trabas burocráticas y el “mercado negro” provocan que el sistema no crezca.

Además, la falta de cambios políticos relevantes (legalización de partidos y sindicatos, elecciones, libertad de prensa) agudizan la desafección y el miedo. Un miedo que lo impregna todo. Miedo al cambio, pero también a seguir igual. El resultado es una población que “resuelve” como puede, pero a la que no se le permite pensar que las cosas pueden cambiar. En este ambiente melancólico, el cubano sobrevive con un salario medio de 20 dólares mensuales y la eterna aspiración a exiliarse.

Ese es el verdadero país que va encontrarse Benedicto XVI. Una república sin ciudadanos y un Estado sin recursos donde los católicos bautizados apenas llegan al 2%. Una isla donde sólo la

Iglesia ha conseguido pequeños espacios de libertad y donde miles de personas sobreviven gracias a la ayuda de Cáritas.

Pero también una sociedad movilizada por el Estado y con los preparativos en marcha. Para todos los cubanos menores de 20 años será la primera vez que contemplen un acto católico de tal envergadura.

En las calles y plazas, en las casas, se ven ya los carteles del "Peregrino de la Caridad". Las iniciativas de la Pastoral Juvenil se multiplican y los llamados "Afiches del Papa" se reparten por toda la Isla. En la TV se programan documentales sobre la visita y el cardenal Ortega se ha dirigido por ese medio a toda Cuba. Al mismo tiempo, los encargados de la liturgia pontificia dan las últimas indicaciones para que las misas de Santiago y La Habana tengan la mayor solemnidad y belleza.

Cuba sigue en el ojo del huracán, que es una falsa calma. Asediada por vientos poderosos, unos internos y otros externos (como el injusto embargo estadounidense), pero dispuesta a dar pasos hacia un futuro mejor. Los cambios estructurales no son el objetivo de la visita de Benedicto XVI, pero sí son una necesidad urgente del pueblo que visita y de la Iglesia que lo recibe.

Sin pretenderlo, quizá la peregrinación de este anciano pontífice por los 400 años de la Virgen del Cobre altere ese delicado equilibrio. Quizá no. Como cantaba Bob Dylan "The answer, my friend, is blowing in the wind".

Un viento que quizá sea el del Espíritu Santo, que sopla por donde quiere.